

HOY PUEDE SER UN GRAN DÍA: ¡DURO CON ÉL!

Francisco Miguel Cubero Lorón



Capítulo 1

HOY PUEDE SER UN GRAN DÍA: ¡DURO CON ÉL!

Seis de la mañana, y el despertador se ha puesto como histérico porque tardo un poco en apagarle esa voz de pito que tiene, y casi lo tiro al suelo del manotazo que le he soltado para calmarlo. Las gafas..., ¿dónde tengo las gafas, que no las encuentro por la mesilla...?, palpando a oscuras, indecisa entre si primero debo buscarlas, o encender antes la luz.

En el suelo, pero enteras, las encuentro gracias a la suave luminosidad de la lámpara que para algo está. Me las pongo con el miedo a alguna rayadura, que sólo nos faltaba eso, tener que cambiar los cristales y gastarnos... 300€, o yo qué sé, por esta tontada. Pero no, no observo nada raro, y veo perfectamente cómo la casa está en silencio igual que todas las mañanas. Quizás, hoy más, sin vecinos que vacían las cisternas del W.C., ni puertas que se cierran a lo lejos en la escalera del edificio. No le doy más importancia, pero ahí se me ha quedado arrinconada esa extrañeza.

Sentada en el canto de la cama, como si no supiera cómo volver a la rutina de cada despertar que me obliga a no perder demasiado tiempo en detalles nimios para no llegar tarde al trabajo en la empresa que gracias a la mierda de sueldo que me pagan vamos salvando los meses, porque cuando les presenté mi currículum, sólo ponía en él que de joven, no pensaba más que en pasármelo bien con las amigas, beber y trasnochar porque en los felices 2005 había estrenado mi mayoría de edad y lo de sentar la cabeza de cara al futuro, pues como que no: "sí, los cojones..., te da un yu-yu..., y te has perdido, mientras estás venga a mirar a ese futuro en la lejanía, hasta los polvetes con los amigos ocasionales de los bares de copas y música de la época a toda pastilla y gritando "iiiPutá...!!!", coreando a "Extremoduro" al unísono y partidas de la risa, todas las del grupo".

Bueno, pues aquí estoy, sin remedio de mejorar nuestras vidas. Me vuelvo, y veo la espalda de Antonio, mi marido, recrecida gracias a las pizzas con todos los quesos posibles y los botellines de cerveza caídos en combate ante la tele imperialista y sus partidos de fútbol. Por lo menos, ahora no ronca ni se remueve inquieto porque su hora de levantarse es a las 6:30 y, ayer, trasnocharía más de lo debido por culpa de un Madrid-Barça que no se podía perder. Algo pasa: tanta placidez en su sueño..., no puede ser bueno.

"¡Hostia, el partido de anoche, claro, es que era... ¡sábado!! Así que hoy no es lunes, qué va, es domingo, joder..., ¿y qué coño hago levantada

a estas horas como una gilipollas?" Ahora entiendo lo de tanta paz a mi alrededor.

Chisssttt..., calla, que oigo a mi vecina Ágata que está meando al otro lado de la pared de nuestro dormitorio donde tiene su cuarto de baño y que gracias a estos esbeltos tabiques de cuando hicieron el edificio allá en los años 60, casi no nos tenemos que contar nada entre los vecinos, porque nos sabemos las vidas de unos y otros como si viviéramos en una comuna hippy donde no hay secretos.

Ágata..., sí, mi vecina 5 años más joven que yo, que no tiene los ojos de gato como en la novela aquélla, pero los tiene verdes con las puntas en cromo-vanadio, con los que te taladra hasta el alma cuando te mira sin que puedas hacer nada por evitarlo. Es guapa la tía. Lo tiene todo en su punto justo. No se le ha conocido varón alguno a través de las paredes, así que Antonio está empeñado en que es bollera. "Y dale...", le digo como para defenderla de que la encasille sin pruebas. Amigas, sí que recibe, pero como no consigo oír nada por mucho que pegue el oído a la pared..., pues no se sabe lo que hacen. Y me pongo celosa: ¿tú crees...?

Hago lo posible por encontrarme con ella cuando oigo que llega a su puerta y salgo con cualquier excusa a pegarles un repaso general a nuestras vidas. Y así, mientras, la miro y la admiro, mientras me habla aunque no me entero muchas veces de lo que me dice porque sus ojos me miran fijos como si lo que habla con su boca, y lo que me dice con sus ojos, no tuvieran nada que ver. Y una, que tampoco está mal, pues recibo de ella unos piropos que no sé si son sinceros, o es que su forma de hablar es cariñosa, y me dice que le gusta mi pelo negro y espeso, y que si me he retocado las tetas porque la maternidad les ha pasado sólo que rozándolas. O que si mis muslos son de hacer mucho gimnasio porque, es que hija, con ese cuerpo no te faltarán proposiciones de lo más deshonestas, me asegura sin apartar su mirada de aguamarina que la percibo como si ella estuviera a un metro por encima de mí, y cada halago suyo de finalidad por descubrir, me dejan las piernas temblando sin fuerzas, y rendida.

¿Qué espero de ella? Lo sé..., y no lo sé. Ahí estoy, pero pasa el tiempo y sólo una vez me ha dicho, "entra", a su casa, porque le comenté que tenía unas contracturas en los trapecios y en el cuello por culpa del trabajo. Me sentó en una silla que tenía en el recibidor y puesta tras mi espalda, comenzó a masajear y apretar con la fuerza de sus manos por la zona de la espalda. Yo le pedí a Dios con ganas, que Ágata me dijera que así, aún con la poca ropa que llevaba, que no me iba a hacer efecto el masaje ése si no me la quitaba, pero ni respiró ajena a esos mis deseos. Aquella primera vez, seguro que ya le hubiera dicho a todo que sí, y me hubiera dado lo mismo lo que me hubiera ordenado hacer porque eso quería yo en esos momentos: no tener que elegir entre el bien y el mal, ser sólo una mandada y que ella hubiera sido mi guía para entrar en ese

mundo al que, según mi marido y la simplicidad con que ve el mundo a través de la cerveza, pertenecía ella: "bollera, te lo digo yo". Pues que le den a los nombres porque los hechos, son los que importan. Pero los hechos que deseaba según las leyes intermitentes del deseo femenino, no se dieron. "¡Hala, Trini, ya está: ¿a que te sientes mejor ahora?". "¿Mejor...?", pensé desde mi cuerpo derretido entre sus manos que no habían pasado de meras fisioterapeutas..., contra mi voluntad.

Me levanté, fingí que se me habían pasado los males que traía, sin hablarle de los nuevos que me llevaba, se lo agradecí con un abrazo de tetas aplastadas y me despedí, prometiéndome a mí misma: "¡¡Volveré!!". Ágata es guapa, sí, como las hay muchas, hasta yo, si me apuras, pero ese mirar que tiene como de desafío a tu integridad y la seguridad que transmite al hacerlo..., es lo que le vale. Si no, sería una más, a ver. Sólo que no lo es: ése es mi dilema.

Ufff..., cómo se me ha puesto el cuerpo éste de pensar en ella, como si eso que sólo es mi fantasía, se fuera a cumplir algún día. Pero algo..., tengo que hacer en estos momentos, digo yo, que no me puedo quedar así con este estado húmedo que no me deja pensar. Y tiene que ser pronto, o los chicos se despertarán y me dejarán compuesta y sin novio. Antonio..., que se despierte, qué joder: y si no, que no se hubiera acostado tan tarde con el puto fútbol. Como es más inocente que un flan, en cuanto le diga cuatro bobadas de las que le gustan a él, de esas que lo ponen palote con mis guarrerías de cuando estoy apetente (lo de hoy, es una excepción porque tampoco coincide con mis días fértiles programados por la madre Naturaleza), aún medio dormido saltará sobre mí como una fiera: sí, bueno es él..., como para perderse una fiesta conmigo para un día que se lo pongo a huevos. Y ya me estoy poniendo como una potente moto GP, entre la maravillosa y deseada Ágata y..., este otro que tengo a mano y más real que la vida misma pero que se me está quedando sin la magia aquella que le veía cuando nos conocimos y que me gustó a rabiar por lo grande que era, lo simpático y lo protector. Guapo..., también.

"¡Hey..., Antonio..., Antonio..., despierta, que mira cómo voy, sin ropa ninguna y tengo frío..., ¿no querrías taparme un poquito, porfa...?". Un pequeño gruñido que ha soltado significa que se está despertando..., pero no me vale sólo con eso. Así que hay que actuar con métodos más persuasivos y le meto mano por debajo de la cinturilla elástica del pantalón del pijama, y compruebo que el milagro se está produciendo.

"¿Qué pasa, Trini..., he roto algo...?". Su ironía me indica que ya es consciente de que tiene la oportunidad para que este domingo comience como un gran día. Sin estar totalmente despejado de su sopor, gira su cuerpo de gigante hacia mí comprobándome desnuda y con ganas de marcha, de una extraña y excesiva marcha, pero que le va a dar igual si es porque se acaba el mundo y pretendo vivir mi última experiencia sexual o por lo que sea..., así que no es cuestión de meterse en

averiguaciones sino de llenarme a lo bestia, porque es lo que quiero que sepa que le estoy exigiendo al no mostrarme ni tan esquiva ni melindrosa como en la mayoría de las ocasiones, cuando es él quien quiere comenzar la juega. ¿Será que soy una cabrona, o sólo una mujer normal y corriente?

Así que sin pensárnoslo dos veces, me quedo echada tal cual estaba ya de desnuda total y él, recuperando esa agilidad que dan las urgencias, se quita el pantalón del pijama y, oyes, que por un momento, viéndolo llegar por aire armado hasta los dientes (bueno, "casi" hasta los dientes), me olvido de la vecina culpable de todos mis males y..., a lo que estamos, tuerto: porque ella, no lo discuto, será lo que quieras pero no podrá nunca ocupar todo mi espacio interior vacío con ese ardor guerrero como Antonio lo llena mientras aún estaba aterrizando sobre mí, en un visto y no visto que me ha hecho girar 180° los ojos dentro de las cuencas. Él, descontrolado total fuera del mundo que nos rodea, intenta hurgar en mis adentros como cabreado por tanta amabilidad mía, física y espiritual, sin importarle ni los chicos, ni los vecinos y..., lo que es peor, que igual hasta nos estaba oyendo despechada por mi traición, Ágata, quien, en tal caso, ya no me volvería a mirar a los ojos nunca más.

Con su generosa anatomía, es que lo estaba bordando en esos momentos, retozando toda ella dentro de mi resbaladizo humedal que justificaba así su razón de ser de porqué los dos teníamos que ser distintos, para poder igualarnos ahora. Y hasta que llegó mi hora, por una vez antes que la suya, lo insulto poniéndolo de vuelta y media, porque me estaba haciendo disfrutar mucho más de la cuenta para no tener que deberle nada, y porque me jodía reconocer que a pesar de todo lo recibido de Antonio, en realidad, me estaba sobrando en la escena.

Yo, deshecha y, él, orgulloso de verme vencida, nos quedamos derrumbados sobre la cama. El silencio, se hizo de nuevo en la habitación y cuando me pregunta: "¿te ha gustado...?", pero no le oigo escuchando como estaba atenta al otro lado de nuestra pared, para imaginar que quizás Ágata se estuviera metiendo en la ducha. "¿Que si te ha gustado...?", vuelve a insistir Antonio, seguro de que mi respuesta, visto lo visto, sólo podía ser un "sí".

"Sí, sí, Cariño, ha sido maravilloso pero..., calla, calla un momento...", le corto mientras, inmóvil, dirijo sólo mi mirada hacia todos lados como buscando algo.

"¿Qué pasa?", me dice sorprendido.

"Que me ha parecido oír a la vecina. Sólo falta que la hayamos despertado con mis palabrotas, que es que no tienes ningún cuidado, ihala, a lo bruto!, me desconcentras..., y me pongo loca. Fíjate qué

pensará Ágata de nosotros, si nos ha oído", le contesto preocupada.

"Pues como mucho..., que nos hemos echado un polvo, fíjate qué novedad: un domingo por la mañana, mira tú", me dice.

"¡Calla, joder, que estoy escuchando, hostias!", le digo toda nerviosa porque creo haberla oído trasteando en su baño y, él, dando el coñazo por un polvo de dos minutos. Pero, nada: falsa alarma. Recapacito, me calmo, ahora siento lástima de él que tan bien se ha portado, y me giro para abrazarlo y quedarme relajada sobre su hombro. No puede ser esta obsesión mía que tengo por ella, me digo, mientras siento que me estoy quedando dormida...

"¡¡Papá..., mamá..., levantaos ya, que son más de la nueve...!!", nos zarandean los chicos que ya no tienen sueño, se han pasado a nuestra cama. Querrán desayunar y que los llevemos a algún sitio, seguro, que para eso es domingo. El pequeño se acuesta a mi lado y se abraza a mí. El mayor, brutico como Antonio, se pelea jugando con su padre que tiene más paciencia que un santo, aunque esté cansado o con sueño. Yo..., tengo peor hostia si no me encuentro bien. Ahora, por ejemplo, hubiera dormido más rato. El polvetón de esta mañana me ha dejado desmadejada porque Antonio me ha entregado todo lo que yo necesitaba por lo excitada que estaba. No era exactamente lo que yo quería, lo que mi parte emocional me pedía, pero en lo físico..., demasié.

Carlitos, abrazado a mí, me pide atención y, yo, ahora, quiero fantasear un poco, imaginar qué podría pasar si voy a ella de nuevo con la excusa de que aquél primer masaje me fue muy bien, pero que vuelvo a notarme las mismas contracturas que me trató entonces y con tan buen resultado.

"Mamá..., mamá...", me toca en la cara para que vuelva a él desde mis ensoñaciones, despierta.

"Ay..., Carlitos..., quédate calladito a mi lado, que estoy pensando un momento", y lo aprieto contra mí para que tenga mi calorcito.

"Vale", me dice con resignación. Tiene 7 años ya, pero sigue siendo mi bebé buenecito. Ha salido a Antonio en su talante resignado. A veces, lo digo sobre todo por su padre..., me gustaría que fueran más rebeldes, que no a todos y siempre nos dijeran que sí..., que vale..., que de acuerdo...; aunque si no fueran así, igual tampoco me gustaba, yo qué sé.

Vuelvo con Ágata para que mirándome con sus ojos de esmeralda me diga que cómo no, claro, Cariño (¡ufff!, si me lo dice así, me muero) cuando quieras, yo te hago otro masajito como el de la otra vez, o quizás tendré que atacar con un poco más de energía en esa espalda tuya. Seguro que en tu trabajo haces trabajos muy repetitivos y se carga toda la zona. Habrá que bajar masajeadando toda la columna, aunque resulta a

veces un poco molesto, pero te lo haré con suavidad, no temas, y esta vez te pondré un aceite de masajes y te tumbaré en una camilla que tengo porque... ¿tú no sabes que yo antes daba masajes relajantes, no? Sólo a mujeres, que me sé cuáles son nuestros puntos vulnerables y aquellos que más nos relajan el estrés. Pero, aunque igual no te apetezca, sería mejor para la efectividad de lo que te deba de hacer..., bueno, más son caricias que otra cosa, que te los hiciera sin ropa. En la camilla, y sin ropa. Lo del primer día, sentada en una silla, de cualquier manera..., fue sólo un tentempié. ¿Quieres que te diga lo que te haría?. Claro, me encantaría saberlo. Bueno, pues primero, y una vez que estuvieras puesta boca abajo y sin tu ropa molestándonos, te pondría un poco de aceite especial para drenar las contracturas por todas las zonas afectadas y sus ramificaciones que aunque se notan menos, también están: bajan acompañando a la columna y se terminan en el centro de cada glúteo mayor, un músculo muy potente y muy agradecido si sabes tratarlo con mimo enérgico. Así que a esa zona, le dedicaré bastante tiempo para...

"Mamá..., mamá..., ¿has terminado de pensar ya?", me pregunta con su vocecita de bueno, justo cuando estaba en lo más emocionante de mi fantasía.

"Sí..., sí..., ya he terminado de pensar, joder. Perdón, Cariño, a ver... ¿qué quieres hacer, eh...?", le digo mientras le doy un achuchón con el que apartar de mi cabeza a esa intrusa a la que le diría que entre hasta la cocina de mi cuerpo y de mi mente urgida por mi instinto, quien no suele explicarme muy bien el porqué de las cosas que deseo. Será que los detalles, para él, no son importantes.

"Quiero ir al parque. Y quiero que me hagas tostadas para desayunar, con mantequilla y mermelada de melocotón de la que nos hizo la yaya, que está muy buena. Y quiero subirme en los caballitos, y comprarme cromos de Xan-Yú, a ver si me sale el 23, que es el más chulo. Y por la tarde ir a la piscina que estarán mis amigos...", lanzado ya a un pedir sin frenos por su inocente boquita.

"Y quiero, y quiero, y quiero. Yo también quiero cosas, y tu padre quiere cosas, y hasta tu hermano querrá cosas. Pero..., Cariño..., no podemos tener todas la cosas que deseamos, no te das c...", le estaba diciendo.

"¿Tú, qué quieres?", me dice. Jodo, qué pregunta. Qué quiero, dice: EL CIELO, quiero, ése que no he llegado terminar de imaginarlo cuando Carlitos ha vuelto a mi vida, reclamando su sitio. Pero ese Cielo sigue ahí, atormentándome como que es algo posible sólo porque existe, que es la primera condición para poseerlo, o que me posea él a mí que es más como yo lo imagino.

"¿Estás pensando otra vez, mami?", insiste de nuevo al ver que no le respondo, que estoy otra vez sobrevolando la cama donde están mis tres

varones. Bueno, mis dos varones. Antonio, sólo es su padre, un cooperador necesario que hoy sí está, pero mañana no estar porque se ha, o lo he convertido en ex mío. Sólo quiero terminar de diseñar la escena de los masajes relajantes y ver en qué acaba, como si yo no fuera capaz de decidir "así quiero que acabe", pero sin que se acabe, que siga, que no termine de sentir ni su voz ni sus manos y que me vaya recorriendo sobre los males inventados en mi piel, deslizándose entre todos los puntos energéticos que sólo los chinos o los hindúes ven, mientras me dice qué piel tan suave tienes y sólo me insinúa que ella también me desea, como si jugara conmigo al gato y al ratón, como si Ágata no quisiera descubrir sus cartas..., todavía. Un juego que se puede alargar, que se debe alargar para que sus caricias disfrazadas de terapia, suban de intensidad sólo hasta muy cerca del infinito.

"Trini..., ¿qué hacemos con los chicos?, que sigues medio adormilada todavía". Se ríe ahora feliz, orgulloso de su hazaña, y añade: "No te esperabas algo así al despertar, ¿eh...? Si quieres..., probamos esta noche a repetirlo para hacer capicúa, y redondeamos el día con otro premio gordo", riéndose seguro de sí mismo y de que yo ya no deseo otra cosa que eso.

No tiene la culpa, pero no soporto esa seguridad de hombre falto de inteligencia en la que confunde el tocino con la velocidad. Vale, no puede imaginar siquiera que a mí me puedan gustar las mujeres. Bueno, no, las mujeres..., no: esa mujer. Que yo no soy lesbiana, que quede claro, que lo sé, y esta mañana lo he podido comprobar con él dentro de mí. Tampoco Antonio es el hombre de mis sueños. Y si lo fue, de nuevo mi instinto no me explicó bien, entonces, qué coño era eso de enamorarse de alguien porque fuera alto, simpático y guapo. Él no se me ha follado esta mañana como cree, no, sino sólo ha sido el calmante que yo tenía a más mano. Él, nunca me hará sentir estas fantasías que Ágata me arranca cuanto más me la tengo que quitar de encima, como en estos momentos en que los chicos nos reclaman.

Me arranco, aventando lejos mis sueños, y les digo: "Chicos... ¿nos vamos al parque de atracciones? Y así, mientras vosotros os subís a los carruseles, tu padre y yo nos tomamos unas cervezas en el quiosco ése que hay, con algo para picar? ¿Os apetece?", insisto mirando a los tres. "Y por la tarde, podemos ir a la piscina para combatir este calor que irá a más, según han dicho", termino así de exponer mi programa de fiestas.

"A mí me parece estupendo", dijo Antonio sin hacer objeciones porque hubiera algún partido que televisaran y que fuera de ineludible visión. Será que no habría ninguno porque, si no, habría puesto las mil pegas al rollo de la piscina y del calor que haría. Carlitos y Jaime, comenzaron a dar saltos de alegría en la cama porque el plan para este domingo era el ideal en todos los aspectos. Y hasta les compraríamos guarrerías embolsadas, en lugar de llevarles una saludable merienda a la que

siempre ponían cara de asco, y comida sólo a regañadientes. Y en el parque, se imaginaban algo parecido mientras nosotros nos tomásemos el vermú.

Y no habiendo más asuntos que tratar, levantamos la sesión, porque aún quedaban muchas cosas por hacer antes de que saliéramos rumbo al parque.

Son ya las once de la mañana, y aquí estamos Antonio y yo, sentados resguardados del sol bajo una sombrilla cortesía de Heineken, con un Martini con hielo para mí y una jarra de cerveza bien fría para él. Para picar, unas patatas fritas y unas olivas rellenas. Se le veía contento, feliz diría yo, con ese vermú tan sencillo, viendo jugar a los chicos pasando de una atracción a otra, contentos. La verdad es que ambos somos de gustos no muy exigentes y lo mismo disfrutamos de unas olivas rellenas como aquéllas, que si nos sacaran unas ostras: ambas son sabrosas..., sólo que diferentes.

"¿Estás bien..., Trini?", me pregunta. Ya no le noto que se esté refiriendo a la machada que imaginaba se había pegado al punto de la mañana conmigo, hasta dejarme rota. No, quizás..., es que me ve seria, o en silencio, o pensativa, como lejos de aquél lugar que, hoy, es plácido. Vuelvo en mí, y le digo:

"S... sí, bien..., ¿porqué lo dices?", asegurándome con esa pregunta que no es que se me transparentan los deseos que siguen ahí, dándome a partes iguales, placer y desesperación por todo lo que podría ser pero que ni es..., ni sé si será.

"No sé, es que me parece que estás enfadada conmigo por lo de esta mañana, por si he sido muy brusco. No soy muy romántico o sensible, ya sabes. Y menos, en esas circunstancias. Lo siento, si hubieras preferido algo distinto y no te lo he sabido dar. Por eso te lo preguntaba". Esta inseguridad suya, también me produce ternura porque sé que hace todo lo que puede. Le cojo la mano, se la aprieto y le digo para que se quede tranquilo:

"No, que ha estado muy bien: justo lo que necesitaba esta mañana. Otro día..., ya me darás algo más romántico, porque notarás que así lo quiero. Me has hecho disfrutar a lo bestia. En el mejor de los sentidos". Además..., es que había sido verdad: una cosa no quitaba a la otra. Y yo..., pues también me siento culpable de que Ágata le haya desplazado totalmente de mi cabeza. Y sé que si pudiera..., hasta de mi vida. Ahora, se está comiendo dos olivas que ha pinchado con un palillo, y se toma un trago muy largo de la cerveza, como si mis palabras le hubieran dejado tan relajado como para deleitarse plenamente con la combinación de esos dos sabores nada sofisticados y al alcance de cualquiera, junto al orgullo de su machada al amanecer, condecorada con medalla de oro al verme

rota y como dejada para el desguace, sobre nuestra cama. No todas las veces ocurre, claro.

Me mira fijo, algo no habitual en él, que parece que siempre esconda algo cuando me va a hablar, y me dice:

"¿Cuánto tiempo llevamos casados, Trini?", y me pongo un poco nerviosa por esa mirada y la pregunta de la que él sabe la respuesta igual que yo, como si me fuera a anunciar algo inesperado.

"Pues..., Jaime tiene nueve años y nos casamos embarazada de él..., pues, eso, nueve años. ¿A qué fin viene esto ahora?", le pregunto intrigada.

"Por si aún me quieres", y me lo dice todo serio, sin bromear sobre ello como otras veces. Como no me sé bien la respuesta..., me doy tiempo para imaginar qué quiere saber realmente, y hago como que intento pinchar la última de las olivas que huye de mi palillo como temiendo que me la vaya a comer. Al final, Antonio me la sujeta con su dedazo índice y al fin le doy la estocada. La meto en mi boca y mientras la mastico, sigo dándole vueltas a su pregunta y a mi contestación.

"Qué pregunta..., pues claro que te quiero. Hombre, no de la misma forma que cuando nos conocimos, en que aún no nos conocíamos..., pero sí que te quiero. ¿Y tú a mí...?", me salí por la tangente con esa pregunta disparada por la culata de mi revólver, algo sobre lo que yo no tenía ninguna duda.

"¡Eh..., Carlitos, baja de ahí que te vas a matar como te caigas, joder, que es que no discurren nada bueno estos críos!!", gritó de repente Antonio, levantándose de la silla y yendo hacia el lugar al que se había encaramado el pequeño y que no encontraba un camino seguro de bajada. Al final, con la ayuda de su padre, regresó a tierra.

"¿Pero cómo se te ocurre subirte ahí, eh...?", le insistía Antonio.

"Papá..., tengo sed...", contestó Carlitos.

"¿Sed...?, una patada en el culo te mereces. Anda, tira para tu madre y le pides que te dé agua de la que lleva en el termo, que estará fresca". Y Carlitos, salió corriendo hacia donde Trini le esperaba mirando cómo corría hacia ella, a la vez que le iba dando patadas a una lata de Coca-Cola, en su recorrido.

"Venga, chicos, recoged las cosas que nos vamos", les dije al ver que se nos estaba haciendo tarde si pretendíamos que después de la siesta, fuéramos a la piscina a refrescarnos y pasar la tarde. Sabedores de que lo de recoger todo era condición sine qua non para que hubiera piscina, se

pusieron manos a la obra para que sus padres no pusieran pega ninguna a eso último. Como premio adicional, pararíamos en la pollería para recoger los tres pollitos picantones que habíamos reservado para la comida, y que tanto nos gustaban a los cuatro. Como un flash no venido a cuento, se me apareció la figura de Ágata caminando en bikini por la piscina a la que iríamos a la tarde. Sólo fue un instante esa imagen que, con ella, y en estos momentos en que debía de estar pendiente de los chicos, no podría recrearme en otra ensoñación placentera en la que sólo nosotras dos existiéramos libres. Así que me puse a pensar en la ensalada que les haría a base de ingredientes vegetales: lechuga, tomate, pepino..., y animales: anchoas y atún. Y así, con esa estratagema, en mi cabecita atormentada sólo ganó la ensalada.

La verdad es que hemos comido muy bien con los pollitos asados en su justa medida, junto a las patatas también asadas que se deshacían en la boca; la ensalada variada y una lata de pimientos del piquillo que he añadido para dar al conjunto su intenso aroma carnoso y el rojo oscuro de sus lomos brillantes. Nosotros, cerveza. Y a los chicos, por ser domingo, les hemos dejado tomar Coca-Cola: por un día..., no les pasará nada.

Casi no me he enterado de la siesta por demasiado corta, pero para Jaime y Carlitos, esa reclusión mayor teniendo pendiente la tarde de piscina, se les hacía eterna y no han tardado mucho en venir a recordarnos que era ya la hora, que se aburrían, y que querían, piscina, piscina, piscina, piscina..., y helado, helado, helado, helado...

"Antonio..., va, despierta, que nos tenemos que marchar a la piscina, que se están poniendo los chicos pesados. Y así se nos irá del todo la modorra ésta de tanta cerveza que nos hemos bebido, anda..., muévete...", le digo porque no parece acordarse ya que les hicimos la promesa de llevarlos y, una promesa, hasta con los niños se ha de cumplir.

Hace primero un sonido con la garganta y me dice a continuación: "Lo siento, Cari, tendrás que ir tú sola con ellos, porque tengo un dolor de cabeza, de la hostia. No me encuentro bien, como si me hubiera enfriado o algo así. No es sueño, es malestar. Fiebre..., no creo que tenga. Me tomo un paracetamol o algo así, y mejor me quedo en la cama, no sea que mañana esté peor. Lo siento. Explícaselo a ellos, anda...", y se giró para el otro lado.

"Joder, tío, qué oportuno eres para ponerte malo. En fin, ya me los llevo yo. Bueno, descansa, anda", le digo importunada ante lo inesperado.

"¿Qué pasa, mamá?" me pregunta Jaime desde la puerta de nuestro cuarto, con el bañador ya puesto y el flotador en la cintura.

"Nada, que tu padre no se encuentra bien para venir, y prefiere descansar, que le duele la cabeza. Venga, coged todo y nos vamos nosotros, que ya estarán allí vuestros amigos y mis amigas. Y nada de hacer el cabra, hoy, que no está vuestro padre para vigilaros desde la barra del chiringuito de la piscina. ¿Me habéis oído?", suelto yo para quedarme tranquila porque esas advertencias tan repetidas siempre, no tenían ningún efecto en ellos..., que se conozca.

"Sí, mami, que nos portaremos bien", me contestan los dos sin saber muy bien de qué se trata eso de portarse bien.

"Pues..., desfilando, y con cuidadito por la calle. ¡Nos vamos, Antonio, que te mejores!", le grito desde la puerta. No me noto muy contrariada por que él se quede, porque así no me dará el coñazo con lo de que cuánto hablo ("casco", que dice él) con mis amigas, aunque eso no le afecte en absoluto.

Antonio, desde la ventana de su cuarto, ve cómo Trini y los chicos se alejan camino de la piscina. Espera un poco hasta que ve que giran en la última esquina, se da dos minutos más contemplando la calle vacía por el calor y, sin más preámbulos, se mete en la ducha: "hoy, puede ser una gran tarde", se dice mientras abre el agua apenas fría que sale por el grifo. Sale, se seca rápidamente porque las urgencias de su cuerpo se aceleran y coge el teléfono. Busca, "Frutas Díaz", y pulsa "llamar".

"Hola, cabrón, ¿qué haces...?, que llevo un rato esperándote desde que he oído a la tontolaba de la Trini, perdona, pero no la soporto, que se iba con los chicos. ¿Te estabas acicalando para mí?", le dice una voz sensual de mujer, al otro lado.

"Cagondiós, Ágata, no me jodas que me pones loco con tus insinuaciones. Me estaba duchando, que iba todo sudado de la siesta. ¿Estás preparada...?, porque se te espera una tarde loca. ¿Puedo pasar ya, que a esto mío ya no hay quien lo sujete, pedazo de zorra?", la insultó porque a Ágata, le encantaba que la tratara así cuando el deseo la superaba.

"Ya tardas. Dejo la puerta entreabierta, entras, y cierra sin hacer ruido que en este edificio se enteran de todo. Yo..., estaré detrás de la puerta, desnuda, porque el calor es insoportable. ¿Me dirás de todo?", lo tienta con esa pregunta que le da carta blanca para que haga de ella lo que quiera, sometida como está a una presión enorme en sus entrañas de mujer, para verse ya dominada bajo el peso del cuerpón enorme de su

vecino.

"Te diré de todo: enseguida lo comprobarás, Agatita. Abre, que paso ya" y colgó sin decirle nada más, ese adelanto de guarrerías que ella esperaba oír antes de que la fiesta comenzara..., otra vez. Abrió la puerta de su casa, comprobó que la escalera estaba sumida en el silencio de otra tarde calurosa, y empujó la puerta entreabierto de Ágata. El recibidor estaba en penumbra, y Antonio miró detrás de la puerta mientras la cerraba con sumo cuidado y la vio a ella desnuda, esperándolo.

Se juntaron en un abrazo salvaje adornado con besos desesperados sin cuento, la alzó en el aire mientras ella lo rodeaba con sus piernas por la cintura y le dijo a esa mujer que lo seguía teniendo tan loco como desde hacía casi dos años: "¡Joder, qué buena estás, putón, qué buena estás, no puedo pasar sin ti, no puedo, te lo juro, no puedo...!", y así como estaban, la llevó hacia su dormitorio porque..., qué buena tarde iba a ser hoy.

Trini y los niños, acaban de entrar en el recinto de lo que eran las dos piscinas, una de ellas, infantil, y el calor era agobiante. Los matrimonios amigos, habían formado un semicírculo con las sillas del chiringuito y se miraban el cielo que amenazaba tormenta.

"Dios, quiera, porque ese cielo se está poniendo muy feo. Si no graniza..., ni mal ni bien. Y peor, si lo hace sin lluvia, que de todo tiene pinta, hoy", dijo uno de los del grupo.

"Hala..., Daniel no seas aguafiestas, que acabamos de venir. A Antonio no le esperéis que no se encontraba bien", dijo Trini controlando el cielo y vigilando a ver qué hacían Jaime y Carlitos, que ya se habían juntado con otros.

En un momento, se volvió todo una tormenta de viento arremolinado que comenzó a llevarse por los aire algunas de las toallas extendidas en el césped, o en alguna hamaca.

"¿No te lo decía? Esto se pone más feo de lo que pensaba", siguió Daniel con sus predicciones catastrofistas. Y acto seguido, el viento que arreciaba volcó las hamacas, y la gente comenzó a salir del agua para recoger sus bártulos y volver a sus casas por lo que pudiera pasar, y antes de que eso pasara.

Trini, asustada también, llamó a gritos a sus hijos quienes no se hicieron de rogar esta vez porque también sentían miedo con esa situación, y viendo a los mayores que se protegían como podían del polvo

levantado y de las hojas zarandeadas por el viento.

"Bueno, amigos, nos largamos para casa que esto es un peligro y como granice, iré de piedra gorda, me temo. Ya nos veremos mañana por la tarde si esta tormenta es pasajera, como suele pasar. Hasta mañana. Vamos, chicos, volvamos para casa", dijo Trini hablando para todos y despidiéndose sin pérdida de tiempo. Aquello iba a peor, y temía lo que pudiera ocurrir hasta llegar a casa.

Jaime y Carlitos caminaban contrariados por el repentino fin de su tarde de agua, pero agarrados a su madre ante las polvorientas rachas de viento caliente que les alcanzaban.

"Y ahora, por favor, cuando lleguemos a casa, no entréis alborotándolo todo como siempre, que tu padre no se encontraba bien y con el poco rato que hace de eso..., no creo que se le haya pasado. Suponiendo, claro..., si es que se ha tomado algo para su dolor de cabeza, porque con lo brutico que es, igual está ahí aguantándose por no ir hasta el armario de los medicamentos..., como si lo viera, que es muy corto", dijo Trini un poco harta de esas pequeñas cosas de Antonio.

"Mamá... ¿qué es ser, "muy corto"?", preguntó Carlitos.

"Pues..., que es muy tonto, eso quiere decir, hijo. Buena persona, pero muy tonto", respondió la madre dando un suspiro.

F I N